

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud española



S U M A R I O

La efemérides de hoy, Editorial.—*La tragedia íntima de Tolstoy*, Tatiana Sukhotin Tolstoy.—*Gente bien*, Editorial.—*España y América*, M. A. Pulido Méndez.—*Versos*, Cipriano Rivas Cherif.—*Degeneración del carácter español*, Alvaro de Albornoz.—*Tirano Banderas (continuación)*, Don Ramón del Valle-Inclán.—*Frente a la Historia de España*, Editorial.—*Andarines del mundo*, Antonio Robles.
Página de Ramón Gómez de la Serna.—*Los doce*, Alejandro Bloch, traducción de Enrique Díaz Canedo.—*Deportismo y energética*, Guillermo de Torre.—*Cuatro Caminos (versos)*, Francisco Vighi.—*Siluetas de Castilla*, Teófilo Ortega.

*

Precio: 30 cts. - MADRID - 11 febrero 1926

LA NUEVA RUSIA

(ESPASA - CALPE)

Con este título aparecerá próximamente un interesante libro

P O R

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

La lectura del índice que a continuación damos justifica el interés
con que este libro es esperado.

I.—En camión por la estepa.

II.—Las dos revoluciones.

III.—Siluetas:

LENIN, TROTZKI, STALIN,

CHICHERIN, ZINOVIEFF,

DZERCHINSKI, RADEK. :-:

IV.—Moscú.

V.—Leningrad.

VI.—El movimiento literario.

VII.—La Iglesia rusa.

VIII.—Educando al pueblo.

IX.—Teatro.

X.—Temas Económicos.

XI.—Visión anterior de Rusia.

XII.—Después del XIV Congreso del partido comunista
(diciembre 1925).

Conclusión.

(424 páginas y grabados.)

EL ESTUDIANTE

SEMANARIO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID * NÚMERO 9

Director: Rafael Giménez Siles

11 FEBRERO 1926

DIRECCIÓN

Y ADMINIS-

TRACIÓN:

ZORRILLA, 4

LA EFEMÉRIDES DE HOY



Hemos aplazado la salida del presente número hasta el día de hoy: 11 de febrero, como homenaje a la fecha gloriosa en que las Cortes españolas proclamaron, por vez primera, la República en nuestra patria.

Pero conviene que precisemos el alcance de nuestra adhesión al significado histórico de esta efemérides. Lo que nos subyuga y admira en los hombres del 73 y, de una manera general, en todos los héroes —los brillantes y los desconocidos— del movimiento liberal del siglo pasado, es su nobilísima abnegación, su generosa idealidad, su ingenuidad ilusionada, al luchar y morir por la Libertad, con el mismo fervor de nuestros antepasados medievales, al inmolar la vida por su Dios.

No podemos, en cambio, entusiasmarnos con la notoria incomprensión "social" de nuestros liberales. Dejando a salvo ciertas maravillosas intuiciones de Pi y Margall —demasiado fugaces, desdichadamente, para que pudiesen convertirse en actos de gobierno— todos los liberales de su tiempo mostraron una desastrosa ignorancia de los fundamentos económico-sociales en que se asienta la dinámica política de la Historia moderna.

Un reparto de tierras —citemos como ejemplo ostensible— realizado a raíz de la proclamación de la República en España, hubiera hecho imposible, en absoluto, la vuelta de la Monarquía. Esto es lo que no comprendieron nuestros viejos republicanos y lo que no comprenden aún —como viene vituperando Julio Senador— nuestros republicanos de hoy, mucho más viejos que los ya enterrados.

No ha faltado quien reproche a EL ESTUDIANTE su marcado tinte de simpatía y preocupación por el proletariado. Queremos aprovechar esta ocasión para reafirmarnos en nuestra actitud. Estamos sinceramente

convencidos de que la libertad, la generosa libertad para todos, no puede ser lograda sino como fruto de una cuidadosa organización de la estructura económico-social. Comprendemos, por tanto, que sin la ayuda entusiasta del proletariado, fundido con nuestros ideales, no se puede intentar la verdadera renovación de nuestro Estado, ni de ningún Estado moderno. Tratamos de corregir con esta idea el error esencial de nuestros incurables republicanos, y no nos cansaremos de aconsejar a los estudiantes españoles de la nueva generación que, a imitación de nuestros compañeros rusos, busquen, a toda costa, el contacto ideal con los obreros y el logro de su camaradería fraternal.

**Este número ha
sido visado por
la censura**

De cualquier manera, hay que preocuparse, ante todo, de la propiedad social, de la propiedad popular, si se quiere dar la libertad al pueblo. Lo demás es fundar Repúblicas destinadas a morir recién nacidas, o bien organizar ágapes necrológicos, con largos minutos de silencio, evocadores de la tumba.

Nosotros no queremos morir estérilmente, ni mucho menos vegetar sin honra. Aspiramos a la fecunda vivificación de nuestro pueblo, y a él acudiremos un día y otro, sin desmayar en nuestra fe, hasta alumbrar un porvenir de Libertad social y de Cultura unánime, cuya delectación anticipada nos consuela, profundamente, de las miserias del momento.

LA TRAGEDIA INTIMA DE TOLSTOY⁽¹⁾

por

Tatiana Sukhotin Tolstoy

Han pasado quince años desde la muerte de mi padre León Tolstoy, y cinco años desde la muerte de mi madre Sophia Tolstoy. Sus hijos hemos tenido que oír mucho y ver mucho sobre nuestros padres; mucho que era verdad y mucho que no lo era. Por mi parte, nunca he replicado a nada de lo que se ha dicho, por muy fantástico y por muy inverosímil que haya sido. Pero ahora, en vista de que se han publicado libros que arrojan una luz que no corresponde a la realidad, pienso que es mi deber elevar la voz en defensa de la verdad.

Ustedes comprenderán que no es labor fácil para una hija hablar de sus padres y levantar el velo que normalmente debe ocultar de la vista del público las relaciones íntimas y delicadas que existen entre marido y mujer. Tolstoy nunca temió hablar de sí mismo cuando pensó que era necesario. ¿Por qué no voy yo a comunicar a la gente lo que he sentido, mientras vivía con mis padres, y por qué no he de aclarar, desde mi punto de vista, las relaciones de que he sido testigo? El lector juzgará.

Yo viví siempre con mis padres hasta que me casé, hace treinta y cinco años. Soy la hija mayor y sólo veinte años más joven que mi madre; de modo que cuando crecí, me trató casi como a una amiga. Yo quería profundamente a los dos, a mi padre y a mi madre, y siempre traté de suavizar sus relaciones.

Las principales desavenencias comenzaron hacia 1880, después de la llamada "conversión" de mi padre. Pero debemos empezar mucho más temprano, cuando León Tolstoy conoció a la joven Sophia Behrs y se casó con ella. Para esto es necesario remontarse a los comienzos de 1860.

Mi padre tenía treinta y cuatro años. Era ya un autor de renombre, de gran actividad y propietario de Yasnaya Polyana. Siempre que iba a Moscou visitaba a la familia del doctor Behrs, a la cual trataba desde hacía algún tiempo. El doctor Behrs tenía una familia numerosa —cinco hijos y tres hijas—. A mi padre le gustó la hija segunda, Sophia, y la cortejó. Ella le amaba desde hacía varios años. Cuando él se marchaba, solía, jugando como una chiquilla, adornar con cintas sus sillas, soñaba con él y copiaba trozos de su primera obra: *La historia de mi infancia*.

Mi padre, con el ardor que siempre fué característico en él, se entregó por completo a este amor, que llegaba algo tarde a su vida. Una vez escribió a Sophia: "Pido y espero de este matrimonio una cosa terrible e imposible: Pido ser amado como amo y esto es absurdo". Sophia aceptó aquel ofrecimiento, y con orgullo le entregó todo su amor y su vida juvenil, completamente, irrevocablemente. Tenía entonces diez

y ocho años. Era hermosa, alta, animada y morena. Sophia se había educado en la ciudad, y nunca había vivido en el campo. Abandonó su numerosa familia, su hogar feliz, y en una noche oscura de otoño partió con su marido para la aislada posesión de Yasnaya Polyana.

Para ella resultó difícil adaptarse al nuevo y extraño modo de vivir; pero el amor mutuo es capaz de todo.

¡Es tan inverosímilmente pura, buena y completa! No soy quien la posea a ella —escribía mi padre en su diario—. Realmente es ella la que me posee a mí."

Sophia, por su parte, no se consideraba a la altura de su marido y escribía en sus notas: "Siento su aplastante superioridad en todas las cosas: en edad, en educación, en inteligencia y en experiencia de la vida, y esto sin hablar de su genio. He ensayado, con toda la fuerza de mi espíritu, acercarme a él, colocarme, si no al mismo nivel suyo, al menos a una distancia en que sea posible la comprensión; pero me encuentro terriblemente desesperanzada".

En aquella época, los días pasaban en Yasnaya Polyana de la manera siguiente: Por la mañana, después del café, mi padre acostumbraba a coger su trabajo y se marchaba a su despacho. Pero ni en éste podía permanecer sin su mujer. Ella también cogía su trabajo y se sentaba en un sofá, calcetando, mientras él escribía por la noche. Sophia ponía en limpio todo lo que él había escrito durante el día. Por muy cansada que estuviera nunca prescindía de este trabajo. Cuando nació el primer hijo, mi padre quiso que la madre lo criara; esto resultó demasiado penoso para aquella mujer joven y delicada, y tanto ella como el niño enfermaron. Como el tomar un ama de cría no estaba conforme con sus principios, decidieron criar al hijo con leche de vaca. Mi madre dice en sus Memorias que León preparaba la leche con azúcar y agua y se la daba él mismo al pequeño.

"Yo recuerdo —escribe— de qué manera tan emocionante hacía esto y cómo sus manos realizaban torpemente esta nueva tarea. Algunas veces el padre pasaba noches enteras sin desnudarse, sentado a la cabecera de su hijo, y por la mañana volvía a su estudio, donde Alejandro I, Napoleón, el príncipe Andrés Nathacha, todos los personajes de su obra *Guerra y paz* le esperaban.

Poco después nació yo, la primera de las hijas; año y medio después nació el segundo hijo, y así cada año y medio o cada dos años, nuestra familia fué aumentando con nuevos miembros. En total, fuimos trece hermanos, a once de los cuales crió nuestra madre. Mientras la mano suave, amante y sabia de mi padre guió nuestra vida, todo fué bien; mi madre le entregó lo mejor de ella: todo su amor y toda su energía; verano e invierno vivíamos en Yasnaya Polyana.

El principal interés de mi padre, en aquellos tiempos, era, naturalmente, la literatura. En 1865 proyectó *Guerra y paz*; en su Diario escribía: "Justamente ahora estoy envuelto en una nube de satisfacción al pensar

(1) Comenzamos a publicar este interesantísimo trabajo de la hija de Tolstoy, inédito en España, y que terminaremos en los dos números próximos. Lo consideramos como uno de los más importantes publicados en esta Revista.

en escribir una historia psicológica de Alejandro y Napoleón”.

En 1867 mi madre escribió a su hermana: “León ha estado escribiendo durante todo el invierno, frecuentemente con gran inquietud y agitación; en mi opinión, su novela *Guerra y paz* será excelente; todo lo que me ha leído, me ha hecho llorar”.

Este fué un período de completa felicidad para la joven pareja. Cada uno realizaba un trabajo diferente y cada uno se interesaba con amor por el trabajo del otro. Mi padre solía decir: “Yo debo dejar cada día un trozo de mi vida en el tintero”, y ella dejaba un trozo de la suya cuidando sus hijos. Escribía en su Diario: “Amo a mis hijos apasionadamente, hasta el sufrimiento”; algunas veces, pocas, mi padre iba a Moscú para tratar de negocios; se escribían a diario.

“Estoy sentada en tu estudio —le escribía mi madre desde Yasnaya Polyana— y llorando. Lloro por mi felicidad, por ti, porque estás ausente y porque pienso en el pasado”. Mi padre le contestaba: “Pasado mañana te abrazaré en el cuarto de los niños, querida y amada esposa”. El estaba seguro de que en cualquier momento en que regresara la encontraría en el cuarto de los niños.

Algunas veces temía dedicarse demasiado a su marido y a sus hijos y escribía en su Diario: “Siento que pienso sus pensamientos, que miro por sus ojos. Me identificaré con él y perderé mi propia personalidad”. Y más adelante: “Estando él ausente, me preocupo por sus cosas, voy a su estudio, ordeno sus papeles, repaso sus ropas, arreglo su cómoda, leo lo que escribe e intento, con toda mi voluntad, penetrar en su trabajo mental y comprenderlo”, y a él le escribe: “Estar sin ti es como estar sin alma. Únicamente tú sabes revestir las cosas de encanto y poesía y elevarlas. En tu ausencia yo sólo amo lo que tú amas. Muchas veces dudo de si yo quiero las cosas por mí misma o si únicamente las quiero porque tú las quieres”.

Algunas veces la nostalgia del placer la dominaba y escribía: “Me ha mandado a la cama y yo deseo actividad, quiero cantar y bailar”.

Sólo tenía diez y nueve años y con frecuencia se daba cuenta de su poca edad. El canto la emocionaba profundamente. “Me aparta de la vida real —decía—, no debía hacerlo, no tengo tiempo que dedicar a la música”. Mi padre se daba cuenta de todo lo que le ocurría; la amaba, pero temía por ella. “Es joven —escribía en su Diario, en 1863—. En mí hay muchas cosas que ella no comprende, y ella sacrifica por mí muchas cosas suyas. Algún día me echará en cara estos sacrificios”. Esto ocurrió, pero mucho más tarde.

Pero ahora quiero empezar a ocuparme de la época en que su vida se apartó del camino ordinario y empezó la verdadera tragedia. Una tragedia es una verdadera tragedia cuando no hay ningún culpable, cuando la situación conduce a un callejón sin salida; nuestra familia se encontró en uno de estos callejones. Habían decidido que cuando los chicos creciéramos iríamos todos a Moscú; mi hermano Sergio fué a la Universidad, al fin, y yo quería marcharme cuando llegara a los diez y ocho años; pero entonces todos los esfuerzos de mi padre y todos los ideales empezaron a modificarse.

Este cambio, al principio, fué casi insensible; en 1867 escribía a un amigo: “El otro día estuve escuchando la lección del catecismo que el pope daba a los chicos; a pesar de estar muy lejos de creer lo que dice, qué difícil resulta discutirlo; sentí un deseo de ensa-

yar la redacción de una especie de catecismo de mis creencias e intenté hacerlo; pero este intento me demostró la dificultad, o mejor aún la imposibilidad de poder realizarlo. Esto me deprime y me hace desgraciado”. Desde este momento mi padre pensó continuamente en expresar su fe; fué el comienzo de un largo período de dudas y penosas investigaciones; entonces comenzó a manifestarse la falta de interés por parte de su mujer.

En 1879 ésta escribía a su hermana: “León está trabajando, como él dice; pero está escribiendo una especie de discusión religiosa. Lee y piensa hasta que le domina el dolor de cabeza, y todo para demostrar que la Iglesia no está de acuerdo con las enseñanzas de Cristo. No creo que se interese por ello más de una docena de rusos. Pero no se puede hacer nada. Nadie en el mundo, ni aun él mismo, podría variar este estado de espíritu”.

(Continuará.)

España y América

por M. A. PULIDO MÉNDEZ

Los americanos ignoramos a España en sus más hondas bellezas, como ella nos ignora a nosotros. Preciso es confesar que, nutridos de literaturas exóticas, hemos perdido el contacto con lo que es legítimamente nuestro y nos hemos entregado a ideales que no son precisamente los más convenientes a nuestro engrandecimiento. Pero en esto ha influido un abandono de ambas partes. Un olvido casi absoluto de que la historia de España y de América se escribe en el mismo libro hasta comienzos del siglo XIX. Y junto a esto, una incompresión anímica: puesto que la psicología americana impetuosa, sedienta de rebasamientos, parecía a veces contraria a los fecundos derroteros de la noble tradición española. Pero tras este período de diferenciación viene ya el de integración. Las soterizadas fuentes de la rica cultura que forjó la raza empiezan otra vez a buscar expresión y a engarzar su destino al inmaculado sol de su gloria. Es labor de entusiasmo viril lo que nos hace falta. De nada sirven las fórmulas de la acción cuando se hacen caducas. Es necesario buscar el espíritu en marcha y seguir el ritmo del infinito progresar.

Cuando América se revela a España por boca de sus sabios, se gana inmediatamente las voluntades. Porque muchos creen que allá hemos matado el recuerdo de la historia; cuando lo que realmente sucede es que queremos ensanchar la cultura que recibimos hasta el infinito.

En los primeros cien años de vida independiente no tuvimos tiempo para iniciar el regreso espiritual. Cien años plenos de revoluciones y de crisis nos desligaron en verdad, en apariencia, del robusto tronco radial; pero ahora, cuando la paz y el progreso se extienden sobre casi todo el Nuevo Continente, la vieja alma renace, y es un amor muy firme y profundo el que habrá de realizar la unidad de todos los pueblos iberoamericanos.

Por sobre muchos formulismos crecerá un día el laurel de triunfo, como sobre las tierras calcinadas al beso cristalino del agua crecen brotes de esperanza, que después se convierten en el arte de la flor y en la ciencia del fruto. En el pórtico de esa nueva época, la raza, despojada de sus hábitos rutinarios, escribirá su símbolo: crear.

Correspondencias secretas

En este quieto remanso copia
serenamente mi faz la linfa.
¿Por qué se anegan en la luz propia,
tiernos, mis ojos? ¿Qué alma de ninfa
tiembla en el agua
que no delata su transparencia?
En el espejo de la conciencia,
¿qué vaga imagen de horror se fragua
si leve sombra de ala o de nube
del fondo sube
y ahila el murmullo del arroyuelo
que cabrillea dentro las ondas?
¿Que haya misterio que aún nos escondas
bóveda clara del alto cielo...!
Ni vale nada cerrar los ojos
y que me anude la fe la venda,
contra los vivos destellos rojos
en que se enciende mi obscura senda.

Claras señales

Triste el sacristán,
tristes las campanas;

las nubes se van,
alegres el río y las ranas.

¿Cuándo vendrán
la Primavera y las claras mañanas!

¿Cuándo será que el molino no muela,
cuándo será que se cierre la escuela,
cuándo será que será vacación!

Alborada --del natural--

Ya pían los pajaritos
saludando la mañana;
se desperezan los nidos

y hay un leve batir de alas,
en tanto que se despiertan
del todo. Una perdiz canta

a saltos. Una carreta
sube perezosa. El eco
trae triunfos de gallos. Llega

el grito de un tren de lejos...
Cruzan la calle de prisa
humanos pasos ligeros.

Hay una luz de agonía.
Después se va abriendo el cielo,
limpio con el nuevo día.

Retrato de un desconocido

Es infinitamente bueno
principio y fin de todas las cosas.
Con su aliento perfuma el heno
las violetas y las rosas.

Su voz truenas en el vasto mar
con diapasón de bíblico abuelo,
pero también sabe cantar
dulcemente en el arroyuelo.

De día su mirada enciende
con sólo un ojo, el universo.
Cuando de noche a dormir se tiende
su otra luz pone el mundo en verso.

El bien y el mal de la suma ciencia
lo llevamos en nosotros mismos;
el arcano de la conciencia
sabe todos los catecismos.

Empieza en él y acaba el hombre;
comadrón y sepulturero,
no tiene, sin embargo, un nombre
que le dé a conocer por entero.

Y así, no se le ha de implorar
como a un ídolo más, pagano,
ni jurar
por su santo espíritu en vano.

C. RIVAS CHERIF.

La interrupción de "EL ESTUDIANTE" en el último domingo de Enero

COMO YA SABEN NUESTROS LECTORES POR LA PRENSA DIARIA MADRILEÑA, CAUSAS AJENAS A NUESTRA VOLUNTAD NOS IMPIDIERON PUBLICAR EL NÚMERO DE "EL ESTUDIANTE" CORRESPONDIENTE AL PENÚLTIMO DOMINGO. EL RETRASO DE ESTE NÚMERO, ANUNCIADO PARA EL DOMINGO PASADO, YA LO EXPLICAMOS EN EL EDITORIAL DE LA PRIMERA PLANA. COMIENZA AHORA LA REVISTA UNA VIDA UN POCO ALTERADA; IRÁN APARECIENDO LOS NÚMEROS ALGO MÁS DISTANCIADOS QUE DE COSTUMBRE. REPETIMOS EN ESTA OCASIÓN A NUESTROS AMIGOS QUE ES PRECISO ACELERAR LA LLEGADA DE NUEVOS SUSCRITORES; EL MOMENTO EN QUE HACEMOS ESTA PUBLICACIÓN EXIGE UNA CANTIDAD DE GASTOS SUPERIOR A CUALQUIER OTRO. EL PEQUEÑO ESFUERZO DE NUESTROS LECTORES, AUMENTANDO LA SUSCRIPCIÓN, SERÁ SUFICIENTE PARA QUE "EL ESTUDIANTE" RESISTA TODOS LOS TEMPORALES

EL CARACTER ESPAÑOL

POR

ALVARO DE ALBORNOZ

Según los especialistas más eminentes, se reduce a bien poco lo que en una revisión concienzuda podría salvarse del balance que de la ciencia española hiciera un día el insigne Menéndez y Pelayo. No hay una ciencia española, ni una filosofía española; no puede hablarse seriamente de una contribución del pensamiento español al progreso científico moderno; al mismo renacimiento científico cristiano, si se prescinde de la obra de Cisneros con su Políglota Complutense, sólo hemos contribuido —nosotros, cristianos hasta los huesos— con algunos talentosos y sutiles teólogos. Nos queda, como tesoro espiritual, el prestigio de las letras y de las artes, de nuestros grandes escritores y de nuestros incomparables maestros del pincel. No es de este lugar inquirir si, aparte ciertos valores universales, justa y unánimemente reconocidos, la fama y divulgación de algunos autores y de ciertos libros se debe tanto o más que a su mérito intrínseco a la importancia política de España en el gran siglo y en el siglo de oro.

En todo caso, lo más fuerte de nuestra literatura y de nuestro arte es la energía con que expresa un carácter nacional. Lo más recio de España es el españolismo, y por eso la suprema manifestación del genio de nuestra raza es el carácter. En España, el hombre de pensamiento ha sido siempre inferior al hombre de acción. Una de las primeras figuras del siglo en que culmina nuestro poderío es aquel Pizarro que ni siquiera sabe firmar. Aun en los grandes escritores, de espíritu inquieto y andariego, parece que la literatura no es, muchas veces, sino un sustitutivo de la acción frustrada. En el mismo campo de la religión, el más espiritual, las figuras más eminentes de la Iglesia española son los hombres de acción, grandes, sobre todo, por el carácter: un Domingo de Guzmán, un Ignacio de Loyola...

Y ese carácter español que el hombre de acción —conquistador de Europa y descubridor de América— encarna y personifica, tiene una "fisonomía" inconfundible en el Mundo. La literatura, aun en sus creaciones más vigorosas, se limita a estampar, con escueto realismo, los trazos representativos de las cualidades contrastadas en la acción. Esas cualidades constituyen una de las más fuertes, de las más acusadas psicologías nacionales. El carácter español es austero, sobrio; duro y seco, pero justiciero; todas las lenguas de Europa tienen expresiones alusivas al orgullo, a la altivez española, y las palabras "quijote", "quijotesco" y "quijotismo" son de uso universal. Y si desapareciesen los monumentos literarios en que esas cualidades se reflejan, quedarían los monumentos históricos a que definitivamente se han incorporado: el descubrimiento de América y el recuerdo de las inmortales leyes de Indias.

Nunca, ni aun en los días más tristes de la decadencia, se han borrado por completo esas cualidades distintivas del carácter español. En los momentos de más profunda corrupción del Poder público y de ma-

yor envilecimiento de la ciudadanía, redimen a la conciencia colectiva destellos aislados y fugaces del sentido moral. La abyección no llega a pudrir las raíces del carácter. En la España de los Austrias, sojuzgada por el despotismo, mediatizada por un fanatismo sombrío, aterrorizada por la Inquisición, la delación y el espionaje se consideran como una cosa infame. En las guerras civiles del último siglo, cuya belleza trágica ha cantado don Ramón del Valle-Inclán, hay barbarie, crueldad, ferocidad; pero no bajeza, no vileza. Muchos de aquellos cabecillas, de un lado y de otro, eran unos bandidos; pero no eran unos miserables. El verdugo no aspiraba a pasar por pacificador, ni el patíbulo tenía pretensiones de política social. Se fusilaba atrocemente, pero valientemente, afrontando la responsabilidad ante los contemporáneos y ante la Historia. Y cuando se asesinaba, y se violaba, y se incendiaba, y se saqueaba, nadie pretendía escudarse en ninguna ley ni ampararse en ninguna política representada por Gobiernos de paja.

A ratos, aquellos hombres feroces de las guerras civiles eran unos caballeros, y arriba, en las alturas, se mostraban frecuentemente los rasgos más típicos de la hidalguía española. Cuando el bravo general León es condenado a muerte, son sus propios adversarios los que le ofrecen medios de fugarse, que el prisionero rechaza con un gesto de orgullo. Cuando Pérez del Alamo, el jefe de los sublevados de Loja, perseguido por la Guardia civil, decide entregarse al ministro de la Gobernación, marqués de la Vega de Armijo, éste se indigna y le ordena que huya inmediatamente. En la represión terrible de junio de 1866, varios personajes condenados a muerte escapan en los coches de los ministros. Topete, informado de que se va a atentar contra la vida de don Amadeo, corre a prevenir al presidente del Consejo, Ruiz Zorrilla; lo que no hizo Topete jamás fué revelar lo que sabía del atentado. Como estos hechos pudiéramos recordar otros muchos igualmente significativos. Fué ayer todavía cuando la opinión española se pronunció resuelta y unánimemente contra el delator de madame Humbert, que era, por cierto, un español distinguido. Y eso que no se trataba de luchas políticas, sino de un feo y vulgar delito, de esos que no perdonan fácilmente las burguesías autoras de los Códigos penales.

Se diría que nuestros sentimientos han experimentado una transformación completa en los veinte años últimos. Es, a despecho de las apariencias falaces del progreso material, que no nos dan sino el aire de un país penetrado pacífica y crematísticamente, un proceso vertiginoso de descomposición. Estamos perdiendo lo último que conservan los pueblos y las razas, lo más pristino: el carácter.

CASA ESPECIAL EN ARTÍCULOS PARA REGALO
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

TIRANO BANDERAS

LIBRO TERCERO

MITOTE, REVOLUCIONARIO

Novela inédita, por D. RAMÓN DEL VALLE-INCLAN

V

El Casino Español —rojos terciopelos, doradas lámparas, rimbombantes moldurones, estallaba rubicundo de luminarias, bronco y resonante de bravatas. La Junta Directiva, clausuraba una breve sesión, sin acta, con acuerdos verbales y secretos. Por los salones, al sesgo de la farra valentona, comenzaron solapados unos murmullos. Pronto corrió sin recato el complot, para salir en falange y deshacer el mitin a estacazos. La charanga gachupina resoplaba un bramido patriota: Los calvos tresillistas dejaban en el platillo las apuestas: Los cerriles del dominó golpeaban con las fichas, y los boliches de gaseosa: Los del billar salían a los balcones blandiendo los tacos. Algunas voces tartufas de empeñistas y logreros, reclamaban prudencia y una escolta de gendarmes para garantía del orden. Luces y voces ponían una palpitación chula y verbenera en aquellos salones decorados con la emulación ramplona de los despachos ministeriales en la Madre Patria: De pronto la falange gachupina acudió en tumulto a los balcones. Gritos y aplausos. En la calle una tropa de caballos acuchillaba a la plebe ensabanada y negruzca, que huía sin sacar el facón del pecho.

VI

El Vate Larrañaga con revuelo de zapilote, negro y lacio, cruzó las aceradas filas de gendarmes, y penetró bajo la cúpula de lona estremecida por las salvas de aplausos. Aún cantaba su aria de tenor el Licenciado Sánchez Ocaña. El Vatecito enjugándose la frente, deshecho el lazo de la chalina, tomó asiento, a la vera de su colega Fray Mocho: —Un viejo con mugre de chupatintas, picado de viruelas, gran nariz colgante: Acogió al compañero con una bocanada vinosa:

—¡Es una pieza oratoria!

—¿Tomaste vós notas?

—¡Qué va! Es torrencial.

—¡Y no acaba!

—La tomó de muy largo.

El orador desleía el boladillo en el vaso de agua. Catataba un sorbo. Hacía engalle. Se tiraba de los almidonados puños:

—Las antiguas colonias españolas, para volver a la ruta de su destino histórico, habrán de escuchar las voces de las civilizaciones originarias de América. Sólo así, dejaremos algún día de ser una colonia espiritual del viejo Continente. El Catolicismo y las corruptelas jurídicas, cimentan toda la obra civilizadora de la latinidad en nuestra América. El Catolicismo y las corruptelas jurídicas, son grilletes que nos mediatizan a una civilización en descrédito egoísta y mendaz. Pero si renegamos de esta abyección jurídico religiosa, sea para forjar un nuevo vínculo, donde revivan nuestras tradiciones de comunismo milenario en un futuro pleno de solidaridad humana, el

futuro que estremece con pánicos temblores de cataclismo, el vientre del mundo.

Apostilló una voz:

—¡De tu madre!

Se produjo súbito tumulto. Marejada. Repelones. Gritos y brazos por alto. Los gendarmes sacaban a un borracho con la cabeza abierta de un garrotazo. El Licenciado Sánchez Ocaña, un poco pálido, con afectación teatral, sonreía removiendo la cucharilla en el vaso del agua. El Vatecito murmuró palpitante, inclinándose al oído de Fray Mocho.

—¡Quién tuviera una pluma independiente! El patrón quiere que se haga una crítica despiadada...

Fray Mocho sacó del pecho un botellín y se agachó besando el gollete:

—¡Muy elocuente!

—Es un oprobio tener vendida la conciencia.

—¡Qué va! Vos no vendés la conciencia. Vendés la pluma, que no es lo mismo.

—¡Por cochinos treinta pesos!

—Son los frijoles. No hay que ser poeta. ¿Querés vos soplar?

—¿Qué es ello?

—¡Chicha!

—No me apetece.

VII

El orador sacaba los puños, lucía las mancuernas, se acercaba a las luces del proscenio. Le acogió una salva de aplausos. Con saludo de tenor remontó en su aria:

—El criollaje conserva todos los privilegios, todas las premáticas de las antiguas leyes coloniales. Los Libertadores, de la primera hora, no han podido destruirlas, y la raza indígena, como en los peores días del virreinato, sufre la esclavitud de la Encomienda. Nuestra América se ha independizado de la tutela hispánica, pero no de sus prejuicios, que sellan con pacto de fariseos, Derecho y Catolicismo. No se ha intentado la redención del indio, que escarnecido, indefenso, trabaja en los latifundios y en las minas, bajo el látigo del capataz. Y esa obligación redentora, debe ser nuestra fe revolucionaria, ideal de justicia más fuerte que el sentimiento patriótico, porque es anhelo de solidaridad humana. El Océano Pacífico, el mar de nuestros destinos raciales, en sus más apartados parajes, congrega las mismas voces de fraternidad y de protesta. Los pueblos amarillos se despiertan, no para vengar agravios, sino para destruir la tiranía jurídica del capitalismo, piedra angular de los caducos Estados Europeos. El Océano Pacífico acompaña el ritmo de sus mareas, con las voces unánimes de las razas asiáticas, y americanas, que en angustioso sueño de siglos han gestado el ideal de una nueva conciencia, heñida con tales obligaciones, con tales sacrificios con tan árduo y místico combate, que forzosamente se aparecerá delirio de brahmanes, a la sórdida civilización europea, mancillada con to-

das las concupiscencias y los egoísmos de la propiedad individual. Los Estados Europeos, nacidos de guerras y dolos, no sienten la vergüenza de su historia, no silencian sus crímenes, no repugnan sus rapiñas sangrientas. Los Estados Europeos, llevan la deshonestidad, hasta el alarde orgulloso de sus felonías, hasta la jactancia de su cínica inmoralidad a través de los siglos. Y esta degradación se la muestran como timbre de gloria a los coros juveniles de sus escuelas. Frente a nuestros ideales, la crítica de esos pueblos, es la crítica del romano frente a la doctrina del Justo. Aquel obeso patricio, encorvado sobre el vomitorio, razonaba con las mismas bascas. Dueño de esclavos, defendía su propiedad. Manchado con las heces de la gula y del hartazgo, estructuraba la vida social y el goce de sus riquezas, sobre el postulado de la servidumbre: Cuadrillas de esclavos hacían la siega de la mies: Cuadrillas de esclavos bajaban al fondo de la mina: Cuadrillas de esclavos remaban en el trirreme. La agricultura, la explotación de los metales, el comercio del mar, no podrían existir sin el esclavo —razonaba el patriciado de la antigua Roma—. Y el hierro del amo en la carne del esclavo, se convertía en un precepto ético, inherente al bien público y a la salud del Imperio. Más que revolucionarios políticos, más que hombres de una patria limitada y tangible, somos catecúmenos de un credo religioso. Iluminados por la luz de una nueva conciencia, nos reunimos en la estrechez de este recinto, como los esclavos de las catacumbas, para crear una patria universal. Queremos convertir el peñasco del mundo, en ara sidérea donde se celebre el culto de todas las cosas ordenadas por el amor. El culto de la de la eterna armonía, que sólo puede alcanzarse por la igualdad entre los hombres. Demos a nuestras vidas el sentido fatal y desinteresado de las vidas estelares, liguémonos a un fin único de fraternidad, limpias las almas del egoísmo que engendra el tuyo y el mío, superados los círculos de la avaricia y del robo.

Nuevo tumulto. Una tropa de gachupines, jaquetona y cerril, gritaba en la pista:

- ¡Atorrante!
- ¡Guarango!
- ¡Pelado!
- ¡Carente de plata!
- ¡Divorciado de la Ley!
- ¡Viva Generalito Banderas!
- ¡Muera la turba revolucionaria!

VIII

La gachupia enarbolaba gritos y garrotes al amparo de los gendarmes, y en concierto clandestino, alborotaban por la gradería los disfrazados esbirros del Tirano. Arreciaba la escaramuza de dicterios:

- ¡Atorrantes!
- ¡Muera la tiranía!
- ¡Macaneadores!
- ¡Pelados!
- ¡Carentes de plata!
- ¡Divorciados de la Ley!
- ¡Gachupines!
- ¡Macaneadores!
- ¡Anárquicos!
- ¡Viva Generalito Banderas!
- ¡Muera la turba revolucionaria!

Las gradas de indios ensabanados se movían en oleadas:

- ¡Viva Don Roquito!
- ¡Viva el apóstol!
- ¡Muera la tiranía!
- ¡Muera el extranjero!

Los gendarmes comenzaban a repartir sablazos. Cachizas de faroles, gritos, manos en alto, caras ensangrentadas. Convulsión de luces apagándose. Rotura de la pista en ángulos. Visión cubista del Circo Harris.

Frente a la historia de España

Hace pocos días, replicando cortésmente en *El Sol* al señor Maeztu, el distinguido portorriqueño señor Gay Coll y Cuchi, terminaba de esta guisa su respuesta:

“Somos grandes, inmensos; no por haber muerto en Sagunto y en Numancia solamente, ni por haber llenado el mundo con el eco de nuestras épicas hazañas, sino porque formamos un bloque étnico de 120 millones de hombres, hoy que somos fecundos en la raza, porque ocupamos el territorio más grande y más fértil del planeta, porque tenemos, con un mismo idioma, un mismo concepto de la vida, del amor, de la felicidad.

Sólo nos falta voluntad y organización.”

Palabras en que el optimismo descansa en las tres afirmaciones siguientes: la magna y pingüe riqueza territorial, la superabundancia étnica, la unidad nacional.

¡Sólo carecemos de voluntad y orden! Que tal es este último, como equivalente de organización. Carecemos de voluntad de ser, unos, y de proceder a la óptima cosecha —óptima en número y calidad— que nos prometen territorios ricos y extensos, y una población cuantiosa. Esto es, los bienes materiales son positivos y superabundantes —tierras, hombres, riquezas inexplotadas—, pero los bienes morales... He ahí un elemento de grandiosa y firme unidad: el idioma. Él coyunda fuertemente España y Sud América; acarrea una circulación única de ideas y sentimientos. Poderoso instrumento de labor —si no lo herrumbra y deteriora la negligencia— para el porvenir de la raza española.

Un setimiento de superabundancia y de unidad surte entrañable e impetuoso del núcleo nacional de España, de Castilla, de esta Castilla que es el solar de la raza hispánica, porque no se sintió así misma exclusivamente como una comarca o un lugar de vida recelosa y conclusa, sino que su sentir confundióse hondamente con la nación entera. Castilla tenía la vista grande, el corazón grande. Oigasela —ni hay necesidad de escucharla— y entenderemos vehementemente pronunciada la palabra España. Y es en el siglo XIII, en los momentos en que la nación, trucidada por la dominación musulmana y los núcleos hispánicos dispersos, estaba aún lejos de recomponer gloriosamente la unidad desbaratada y maltrecha, pero cuya realidad, Castilla sentía sublimemente con majestuoso candor. Así expresaba ya estos infalibles sentimientos el Rey Sabio en su *Primera Crónica General de España*:

“Cada una tierra de las del mundo y a cada provincia honró Dios y dió su don; mas entre todas las tierras que él honró más, España la de Occidente fué; que a ésta abasteció él de todas aquellas cosas que el hombre suele codiciar. Pues desde que los godos anduvieron por las tierras de la una parte y de la otra probándolas por guerras y por batallas y conquistando muchos lugares en las provincias de Asia y de Europa, probando muchas moradas en cada lugar y catando bien y escogiendo entre todas las tierras el más provechoso lugar, hallaron que España era el mejor de todos, y lo apreciaron más que a ninguno de los otros, que entre todas las tierras del mundo, España es extremosamente abundante y buena más que otra tierra ninguna. Demás es cerrada toda en derredor: de una parte por los montes Pirineos que llegan hasta la mar, de la otra parte del mar Océano, de la otra del mar Tirreno.

Pues esta España que decimos tal es como el paraíso de Dios, que riégase con cinco ríos caudalosos, que son Ebro, Duero, Tajo, Guadalquivir, Guadiana; y los valles y los llanos son grandes y anchos, y por la bondad de la tierra y la linfa de los ríos producen muchos y abundantes frutos. España es abundosa de mieses, deleitosa de frutas, viciosa de pescados, sabrosa de leche y de todas las cosas que se hacen

de ella; llena de venados y de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos, segura y abastecida de castillos, alegre por buenos vinos, holgada de abundancia de pan; rica de metales, de plomo, de estaño, de hierro, de plata, de oro, de piedras preciosas, de toda manera de piedra mármol, de sales de mar y de salinas de tierra y de sal en peñas, y de otros mineros muchos: azul, almagra, greda, alumbre y otros muchos de cuantos se hallan en otras tierras; dulce de miel y de azúcar, alumbrada de cera, cumplida de aceite, alegre de azafrán. España, sobre todas, es ingeniosa, atrevida y muy esforzada en lid, ligera en afán, leal al señor, ahincada en estudio, palaciega en palabra, cumplida de todo bien; no hay tierra en el mundo que la semeje en abundancia, ni se iguale ninguna a ella en fortalezas y pocas en el mundo tan grandes como ella. España, sobre todas, es adelantada en grandeza, y más que todas, preciada por lealtad. ¡Ay, España!, no hay lengua ni ingenio que pueda contar tu bien.

Pues este reino tan noble, tan rico, tan poderoso, tan honrado, fué disuelto ("derramado") y asolado en una embestida, por desavenencia de los de la tierra, que tornaron sus espadas en sí mismos, unos contra otros."

Véase con qué generoso rigor está sentida España, toda España, por un rey castellano. Es el primero que forja una historia general de España, esto es, que envuelve el territorio en una mirada global y nacionalmente ambiciosa. Se goza en mostrar la deleitosa fecundidad nacional, con venturoso sentimiento filial de la tierra toda, pues ni siquiera localiza sus frutos. Su mano se regodea sobre los cuatro lomos de la Península —el Norte y el Sur, el Occidente y Levante—, con igual fruición amorosa. El rey prorrumpe en un elogio diti-rámico de la fecundidad y la opulencia agrícola y minera de la tierra hispánica. Es usual hablar de la España pobre y desértica, lugar común que no escatiman, ciertamente, los extranjeros. No tenía el Rey Sabio tan lóbrega visión. Advierte en su tierra —que es España, donde ha anclado Castilla— incomparable sobreabundancia de ríos, llanos, valles, frutos, animales y vegetales, rudos minerales y metales preciosos; país fértil, además, en bienes morales, en ingenio, estudio, coraje, lealtad, "cumplido de todo bien". "No hay tierra en el mundo que la asemeje en abundancia", proclama orgullosamente. Ni la ve áspera y repelente, sino "dulce de miel y de azúcar". Así también vieran a España los antiguos y fuera llamada por ellos "el granero de Roma"; tierra famosa, no sólo por la abundancia, sino por la calidad de sus vinos, su trigo, su aceite. De igual suerte la ve el señor Coll y Cuchí:

"No hay motivo para que España, en un período muy corto —de diez a veinte años—, no ocupe una envidiable posición al frente de nuestros pueblos americanos con la sola organización eficaz de sus inmensas riquezas nacionales. La capacidad hidroeléctrica de España sin explotar vale más que todo lo que existe explotado en la actualidad. Y cuando el problema del combustible sea resuelto favorablemente para las industrias españolas, no contemplaremos el espectáculo de diez mil minas de hierro existentes en territorio español, de las cuales se explotan solamente 270."

Mas pleñe el Rey Sabio:

"Pues este reino tan noble, tan rico, tan poderoso, tan honrado, fué disuelto y asolado en una embestida por desavenencia de los de la tierra, que tornaron sus espadas en sí mismos, unos contra otros."

Fortísimo sentimiento de la unidad malbaratada; por consiguiente, vehemente anhelo de reconstituir la nación, generosa nostalgia de la gran patria, de la patria verdadera, que es la de todos. Lamenta el rey virilmente el asolamiento y la disolución sobrevenidos "por desavenencia de los de la tierra, que tornaron sus espadas en sí mismos, unos contra otros". No luchaba Castilla contra los otros, sino a favor de todos. Peleaba por enjugar la disolución, por soldar los fragmentos. Tal es la quintaesencia de su carácter, que inspira un religioso destino: la restauración patria.

La América española siente idéntica integración. "Formamos un bloque étnico —proclama el señor Coll y Cuchí—; tenemos, con un mismo idioma, un mismo concepto de la vida..."

¿Por qué careceremos, sin embargo, de voluntad? Porque si viene la voluntad, ya surgirá el orden. Un orden nacional y único.

EL PALACIO DE LA ESTILOGRÁFICA
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

ANDARINES DEL MUNDO

Por Antonio Robles

Este era el hijo que la madre parió dos horas antes de empalidecer definitivamente.

Todos los cuentos nos han dicho ya de cómo el hombre uniría en el niño, con tristes lazos románticos, su amor de padre y su pasión de joven esposo enamorado.

Pero tiempo después se le formó un veneno al niño dentro; y el desorden de su tripilla salió a su rostro en la mirada, en el color, en el gesto.

Se moría; se estaba pudriendo.

—Es el calor, es el maldito calor —dijeron los físicos—; es la sequía de hogao, que desmorona hasta las piedras duras. Tal vez le salvaran las lluvias... ¡Si se humedeciera el ambiente!...

Y después de cada noche febril, de bombilla amordazada febrilmente con papeles rojos, el padre oía un instante de tranquila respiración e iba a ver el alba del nuevo día desde la ventana.

Y el alba era seca y limpia, y la naranja del sol salía del horizonte sin una rayita negra delante.

Una noche, el hijo perdió el mirar.

En la ventana del alba, dos lágrimas brotaron de los ojos del padre, sin gesto.

Y loco, espantado, se desabrochó el cuello, y subió nervioso y fatigado a la picota más alta, para ver si venían nubes. Desde su pedestal gigante las mostraría su impaciencia, y vendrían más de prisa.

Y como no las viera, bajó a la otra cuenca, y subió a la picota más alta de la otra sierra.

Y como no las viera tampoco, pues... otra cuenca, otra sierra, otra picota...

Y otra picota más... y otra picota... Y así dió la vuelta al mundo.

Mientras tanto, una nubecilla corretona, antípoda del padre, había mojado la tripa del chico, el cual jugaba al peón cuando el andarín entró en el pueblo por el otro extremo de la calle Real; por el extremo contrario al que empleara para salir.

* * *

Era Luis Abelardo, el claro sentimental de ojos azules. Amó tanto, que el recuerdo doloroso le daba humedad, brillo y claridad a sus ojos de amor.

Las violetas nuevas le ahondaban cada año la angustia... ¡Oh, violetas primaverales, que ellos dos, trenzados sus brazos por la cintura como en una estampa, iban a coger y a besar juntos a la ribera húmeda y frondosa!...

Desde entonces, Luis Abelardo volvía en abril a la fronda, como van los viudos a visitar la tumba en el mes de noviembre.

Se quitaba el sombrero... y lloraba.

Y al terminar la época de las violetas, se llenaba de angustia el galán, como si le arrojaran del jardín de la Primavera.

Pero un año —el año en que ella casó—, Luis Abelardo sintió gran caricia y gran consuelo, llorando de rodillas ante el perfume abrileno.

Y cuando vino a notar que al caminar el año sobre el hilo del tiempo, se le perdía la fragancia amada, Luis Abelardo siguió andando detrás de abril, y detrás de abril, andando, dió la vuelta a la bola del mundo.

¡Todo el año fué Primavera para él! ¡Todo el año entre el olor de las violetas, sin pensar en que atrás iban muriendo! ¡Todo el año metido en la Primavera, como la Princesa va en su litera rodeada de su corte de damitas!...

Al menos, eso cuentan.

La página de

RAMON.

GOMEZ DE LA SERNA

Extinguirlo todo, inmolarlo, lunatizarlo, desconcertarlo, borrarlo y... absurdizarlo sobre todo, y ante todo...

Pensemos siempre así... Siempre al cabo de todo, desprendidos, absurdos, para poder ser frugales y no hacer aspavientos, para no ser empedernidos, para ser ductiles y orearnos, podernos orear en nuestros cármenes... Temamos al enemigo malo, para lo que hay que temer también al amigo bueno... Siempre a distancia, y como a distancia siempre estamos, esto quiere decir que debemos considerar la distancia...

El defecto de los exorcistas, de aquellas gentes que arrojaban el espíritu malo del cuerpo de los endemoniados, es que no echaban al espíritu bueno antes. A los endemoniados hay que comenzar por arrancarlos Dios de sus entrañas. Se irá el Diablo.

Peores que los diablos son los dioses. Nacen para crear todas las prohibiciones y para crear el diablo. El Diablo es irresponsable. Nació Dios para tener un diablo.

Esto no va contra mí, el único Dios (verdadero para mí, es verdad; pero es que nadie es nada para nadie; todos suscitan en sí, con su nombre y su nariz, lo que ven y lo que creen. En la concepción de Dios está esta clara metempsicosis de todas las cosas, y así se ve cómo el Dios creado tiene todos los estigmas y todos los malos humores de los que los suscitaron en sí. Tiene una enfermedad hereditaria. Le hicieron á él, que venía a imponerles su semejanza, a su imagen y semejanza).

Pero a Dios había que perseguirle en todas partes. Es cierto que está en todas partes.

Dios está en la cobardía, y por eso la cobardía se atreve a ser cobardía. En último término, haré que me lo perdone Dios —se dice el/cobarde—, y así, viéndose responsable, se hace irresponsable. ¡Oh, si la responsabilidad estuviera en la irresponsabilidad, en la negación de Dios, cuántas menos cobardías!

Dios está en la heroicidad, y por eso la heroicidad era heroicidad supérflua, hecha para merecer a Dios, abunda tanto. ¡Oh, si no hubiese heroicidades baldías, pusilánimes, cuánta más heroicidad cotidiana habría! ¡Oh, si no se sintiera responsable el héroe, sino que se sintiera irresponsable, impremiable, cuánta más responsabilidad mundana existiría!

Dios está en los ripios.

Dios está en el leproso, y por eso soporta su lepra, y por eso la adquirió, y por eso, contrastando con los leprosos, viven los acaparadores, porque Dios está en todos.

Dios está en todas las cosas que no se sobrepujan humanamente. Para sobrepujarse tienen a Dios, y siguen maltrechas y sin urgencia y decisión.

Dios está en todas partes.

Dios estaría cansado de ser sólo la absolución, el mal libertinaje, y la remora, de ser la justificación, la inculpabilidad, la contemplación, todo lo menos positivo. De ser el aplazamiento, lo contemporizador, la causa de todas las inercias. De ser el *statu quo*, aun con toda su severidad, que esteriliza las acciones esforzadas, porque, arrastrada la justicia suprema de los hombres, éstos están indefensos y sólo se decide todo en una falta de dirección, en un gran cinismo manso. Así no llegará, como sucedería si los hombres tuvieran toda su trascendencia, el día en que por no haber vida contemplativa, sarcasmo, camastronería orante, por no haber perdón ni gracia divina, todo se ajustará a Dios.

Ellos no se han atrevido a ser esa clase de dioses, el Dios que no puede ser oligarca, porque es muy difícil sentirse Dios; se necesita demasiada bondad y demasiada temperancia... Han declinado muchas cosas al hacer a Dios. Ha sido un armisticio... Se disculpan y se justifican con él... No se aperciben de sí mismos porque han perdido la mirada, y quieren levantar, apartar por temor la mirada de los otros, la mirada límpida de frente a frente...

Les residenciaría demasiado y sería urgente y voraz... No habría otro arbitrio posible que el violento. Los que quieren ser vengados en el arrepentimiento, no tendrían venganza. Se aprendería a reír sobre los cadáveres, fríamente olvidados.

¿Qué flaquezas que no querían curar les han inspirado?

¿Qué inferioridad, que esterilidad les ha movido?... Esos deseos ornamentales hacen indigno de sí mismo al que los siente... En esas creaciones divinas se mezcla un deseo de mezclar, en cuestiones de interés, a esa autoridad, superior a la que hay que comprometer para impunidad de todos, y después en las muchedumbres un deseo, causado, cobarde, leproso, de desinteresarse, de enervarse, de pervertirse...

"LA NUEVA RUSIA"

En los primeros días de la próxima semana se pondrá a la venta este libro de Julio Alvarez del Vayo. Abarca un índice de temas muy sugestivos. El capítulo sobre el movimiento literario ruso desde 1917 ofrece varias muestras interesantísimas de producción poética. Entre ellas el célebre poema de Alejandro Block, "Los doce", traducido expresamente para el libro de Alvarez del Vayo por Enrique Díez-Canedo, y que aquí adelantamos a nuestros lectores:

"LOS DOCE", POR ALEJANDRO BLOCK.

Noche negra.
Nieve blanca.
Viento... viento.
Nadie se tiene de pie.
Viento, viento
sobre cuanto Dios crió.

El viento rompe
la nieve blanca.
Bajo la nieve, hielo.
Resbalones.
¡Qué difícil el andar!
Todos resbalan. ¡Pobres!

Tendida entre dos casas
una cuerda. Sostiene
un cartelón que cuelga:
"¡Todo el poder a la Asamblea Constituyente!"

Una viejecita se lamenta y llora;
mas no se acierta a explicar:
¿Para qué un cartelón tan grande?
Tanta tela, ¿a qué vendrá?
¡Cuánto calzado saldría
de ahí para los chiquillos!...
¡Tantos hay que sin zapatos y sin camisita van!

Salta como una gallina
la vieja un montón de nieve.
Santa Virgen del Amparo,
esos bolcheviques me van a matar.

Azota el aire,
resiste el hielo.
Un burgués, en una esquina,
esconde las narices en el alzado cuello.

¿Quién es? Lleva melena.
Se le oye murmurar:
"Traidores,
Rusia está perdida..."
Es un escritor, no hay duda;
es un charlatán.

Otro, de sotana negra,
por entre la nieve despacito pasa.
"¿Por qué, compañero pope,
tienes hoy tan mala cara?"

¿Te acuerdas de cuando ibas
sacando mucho la panza
por entre el pueblo, y encima
del vientre la cruz brillaba?"

Una señora, vestida
de caracul, va diciendo
a otra: "¡Hemos llorado tanto!..."
Un resbalón.
¡Pum! Al suelo.

¡Ay, socorro.
Dadme una mano!

Jugueton, el viento,
maligno y liviano,
revuelve las faldas,
siega transeuntes,
arruga, tira, desgarr y mece
aquel cartelón que dice:
"¡Todo el poder a la Asamblea Constituyente!"

Trae frases perdidas:
"También nosotros tenemos reunión..."
En aquella casa...
Hubo discusión...
Hemos decidido...
Por un rato, diez;
toda la noche, veinticinco...
Si no se conforman, nada...
Vamos a la cama...

Es tarde, se queda
desierta la calle.
Sólo un vagabundo,
encurvado, pasa.
Silba el viento...

¡Eh, pobre,
vente conmigo...
Dame un beso...
—¡Pan!
—¿Y después?

—Para.

El cielo está negro, negro.
De ira, de triste ira,
hierva el pecho allí en lo hondo...
Es ira negra, ira santa...
Compañero,
ten muy abiertos los ojos.

Se nos marcharon nuestros mozos
a servir en la Guardia roja,
a servir en la Guardia roja,
a jugarse la cabeza loca.

¡Ay, amargo dolor!
Buena vida llevamos.
Un destrozado capote
y al hombro un fusil austriaco.

Para condenación de burgueses,
fuego al mundo le pegaremos,
fuego al mundo, bañado en sangre,
y bendíganos Dios desde el cielo.

Gente bien

Hace ya unos días, al salir de una conferencia dada en un Centro de Madrid, que es actualmente el preferido de nuestros aristócratas para presumir de intelectuales, y de nuestros intelectuales para presumir de aristócratas, sorprendimos el siguiente edificante diálogo, que transcribimos textualmente para regocijo de nuestros lectores.

Una dama

avanza lentamente hasta la puerta, donde aguardan larga fila de "chauffeurs" y lacayos. Al cruzarse con alguien de la Casa se detiene para interrogarle:

—¿Tiene usted la bondad de decirme quién es el Presidente de este Centro?

—Aquel joven moreno —señala rápidamente el interpelado, iniciando una leve reverencia.

La dama colócase los impertinentes y mira a la persona que se le ha indicado. Su cara esboza un gesto de extrañeza y al cabo de un instante exclama:

—¡Y yo que creía que don Francisco Giner era un señor de "barbas blancas"!

DEPORTISMO Y ENERGÉTICA

LAS IDEAS DE MONTHERLANT

por GUILLERMO DE TORRE

"L'acte fondamental d'une vie est de décider ce qui est important. Et ce qui ne l'est pas, et l'indifférence, l'indifférence active pour ce qui ne l'est pas est un devoir aussi strict que l'attention pour ce qui l'est."

(H. DE MONTHERLANT: *Les onze devant la porte dorée*.)

I

Atravesamos un genuino momento deportivo, saturado de incitaciones energéticas. Su influencia no sólo se revela en la pulsación de la fiebre gimnica que emanan los estadios: también contagia sus latidos a otros sectores de la vida y a las altiplanicies del espíritu. Multitud de conceptos nuevos, que constituyen el coeficiente ideológico del día, aparecen traspassados por el espíritu energético, por el ímpetu jovial y aligero del "sport". Al áspero concepto del trabajo como deber, como severa finalidad vital, va sustituyéndole la noción del trabajo como deporte, hijo del placer más que del esfuerzo. En consecuencia, ciertas modalidades del espíritu contemporáneo adoptan un sesgo deportivo en la más pura acepción del vocablo sport. Pues el "sport", a nuestro juicio, no es solamente ejercicio físico, destreza o agilidad; es también —traduzcamos todos los significados del vocablo inglés, ampliemos su zona de alusiones— "sportfulness": juego, diversiones, jovialidad en sus múltiples ramificaciones. Y entendido así, ¿acaso no tienen mucho de deportivo algunas genuinas manifestaciones del arte nuevo? ¿Acaso los "ismos" más significativos no han hecho suyo, no han erigido en lema un aforismo de Max Jacob, semejante a otro de Sofici, que reza: "El arte es una distracción"? La pureza, la gratuidad, la intranscendentalidad del arte que paralelamente se afirman en las estéticas de vanguardia poseen por ende un auténtico carácter deportivo. Y ya en otro lugar hemos evidenciado cómo un pensador tan agudo, tan sensible a las "palpitaciones del tiempo" cual Ortega y Gasset con su afirmación de que la "ciencia, arte, moral, inclusive, no son cosas serias, graves, sacerdotales; se trata meramente de un juego", venía a coincidir y a dar médula filosófica a aquella intuitiva afirmación dadaísta que Tzara formulara en su primer manifiesto: "L'art n'est pas sérieux; je vous l'assure..."

2

El paso por Madrid, durante la reciente temporada invernal —con rumbo a los tentaderos andaluces— de Henry de Montherlant, nos ha hecho urdir ese incipiente tejido de flexiones, invitándonos a releer sus libros, y en especial su par de "Olympiques", fieles espejos de la actual tensión deportiva, inductores de una viril corriente energética —y por ende occidentalista—, rudamente hostil a la corriente oriental que en Francia y en el Norte de Europa se dibuja, a la zaga de Tagore, Gandhi y Keyserling, acentuada por los libros de Guenon y Grousset y, últimamente, por la encuesta sobre "Les appels de l'Orient", llevada a cabo por los "Cahiers du mois" parisienses.

Mas antes de examinar y parafrasear las ideas de Mont-

herlant, para "situar" literariamente su figura, arrojemos una mirada rápida sobre los orígenes y desarrollo de su obra. ¡Triunfo netamente deportivo el alcanzado por el autor de *Le Songe*! El último en salir —una vez calmado el estridor inicial de las vanguardias— ha sido el primero en romper la cinta azul de la meta. Montherlant —en este caso la expresión es apropiada y pierde todo maligno aire metafórico— ha "batido el record" de la velocidad literaria, dejando atrás, por un momento, a los dadás y surrealistas. ¡Loemos la vista aguileña y la agilidad zanquilarga de este púgil intrépido!

Un primer libro de ensayos e introspecciones psicológicas, reflejo de los años escolares, titulado *Le relèvement du matin* (1920), le basta para "despegarse" de las filas. Después, *Le Songe* (1922), novela densa y fornida, de exaltación bélica d'annunziana, llena de nacionalistas arios y barresianas y henchida de cierto lirismo cósmico a lo Claudel, reafirma su personalidad y le vale ser nombrado —con la relatividad de estos títulos y empero voces disidentes— portavoz de su generación, de la generación que hizo la guerra. Y, finalmente, sus dos "Olympiques": *Le paradis à l'ombre des épées* y *Les onze devant la porte dorée*, en 1924 ambas, y esta última en junio del pasado año, coincidiendo —¡oh puntualidad siempre deportiva de Montherlant!— con los juegos olímpicos celebrados en París por aquella fecha (*).

3

Describiremos sumariamente las razones que motivan esta rápida entronización del cantor del músculo y el interés plural que ha suscitado su obra —hasta el punto de haber eclipsado, en parte, las fulguraciones postdadas, recabando para sí las miradas criticistas.

El tipo psicológico encarnado por Montherlant responde bastante exactamente al modelo mental previsto de juventud que habría de surgir después de la guerra. De ahí que por haber sintetizado en sí el conjunto de cualidades que los augures presagiaban como características fisonómicas del "hombre —del intelectual más bien— nacido de la guerra", de las tendencias literarias y los designios morales que en él concurrirían, su obra haya ganado esa atención vibrante, exaltada, a veces, hasta el hervor polémico.

Henry de Montherlant —ya lo hemos insinuado— "se hizo" espiritual y corporalmente en la guerra. Pasa a las trincheras directamente desde el colegio. No tuvo puentes intermedios ni conocimiento libre de la vida civil. Por ello —más que por razones de abolengo, religiosidad católica y tradición nacionalista— se entrega a la pugna bélica con una pasión virgen y un frenesí sincero: Un ardor no enturbiado —o esclarecido—, como en la mayoría de los jóvenes, por una educación más libre, un sentimiento menos tradicionalista y un gesto de escepticismo patriótico. Como para Drieu la Rochelle la guerra, a sus ojos, no ha sido un error. Lo mismo que el

(*) Bajo el título de *Olimpicas* acaba de aparecer una versión castellana, que contiene algunos de los trozos más característicos de ambos volúmenes, hecha por Manuel Abril y acompañada de un prefacio por Antonio Marichalar. (Biblioteca Nueva, Madrid, 1926; 5 pesetas.)

autor de *Interrogation* ve en ella una "restauración del cuerpo", un erguimiento de las potencias vitales y poco menos que una escuela de energía. La serie de sus predilecciones, de sus "llamamientos" sucesivos ha sido catalogada así por el mismo Montherlant, en una de las primeras páginas de *Le paradis a l'ombre des épées*: primero, la sinfonía católica formada por un colegio religioso, los autores de Roma antigua, España, y, esencialmente, el espíritu taurino; segundo, la guerra; tercero, el "sport".

Justificando sus dilecciones bélicas, que no difieren mucho de las manifestadas por Drieu, ha escrito Montherlant: "La violencia ordenada y calma, el valor, la simplicidad, lo saludable, un no sé qué de rudo y virginal: eso es lo que yo he gustado en la guerra". Y por ello, al finar, ésta, para gastar la "energía sobrante" se lanzó ebrio de ímpetu accional en los campos del "sport", buscando en su agitación "una actividad intermedia entre el gran lirismo físico de la guerra y el burocratismo de la paz".

4

Drieu la Rochelle, cuya obra se relaciona precursoramente, en algunos puntos, con la de Montherlant, en su conato de novela *Etat civil* y en su panfleto político *Mesure de la France*, entendía por "sport" "la voluntad, el aire libre y la anarquía disciplinada". "El "sport" —agregaba— es el establecimiento de la Paz y de la Justicia, porque revela y fortifica justas relaciones entre el Cuerpo y el Espíritu". Parejamente, uno de los primeros postulados morales del autor del *Paraíso a la sombra de las espadas* se formula así: "El cuerpo restablecido en su personalidad y dignidad; y diferenciado, naturalmente, de la carne". Y lo que constituye su moral deportiva, entre otros puntos, es: "un ideal de potencia en función de un ideal de cualidad; lo que es sobre lo que parece; lo fuerte sobre lo débil, la razón sobre el sentimiento".

¿Acaso no creeríamos oír en estas palabras más que las declaraciones de un joven moralista, un eco —voluntario o no, más fiel— de la moral nietzscheana? ¿Es que Nietzsche no exaltó ya magistralmente en su *Anticristo* esa intención energética, esa "voluntad de poderío" que implica un desprecio absoluto de la compasión, la virtud más exaltada por el cristianismo? Para Nietzsche la distinción se hallaba establecida netamente: lo bueno era todo aquello que exaltaba en el hombre "el sentimiento de potencia, la voluntad de potencia, la potencia misma"; mientras que todo lo malo —agregaba— tiene sus raíces en la debilidad. Mas ¿cómo pueden llegar a esta coincidencia un pensador laico de tipo tan libre y egregio cual Nietzsche y un escritor que se afirma católico? Pues, Montherlant —tenámoslo en cuenta— es católico. Y aun apostólico y romano —según la triple fórmula ortodoxa. El, por lo menos, se jacta de repetirlo en numerosas ocasiones y de hacernos ver que su catolicismo, lejos de confinarse en las estancias habituales de la humildad, la sumisión y el rezo, propende a otros horizontes y adopta un gesto soberbio, casi bélico e implacable, desafiador de la vida. De ahí que su catolicismo nos parezca hallarse situado más cerca de Nietzsche que de los Evangelios, oreado por las brisas del Rin antes que por las aguas del Jordán. ¿Hipérbole? No. Montherlant mismo —según parece ser— ha sintetizado su ambición expresando que desearía ser "un Nietzsche católico".

Reafirmando su criterio convencionalmente neocatólico, Montherlant nos dice que "la pusilanimidad es generadora del desorden" y a la noción del pecado susti-

tuye la falta de valor. Ved, pues, cómo nuevamente este sedicente católico viene a refluir con el río nietzscheano. No es que busquemos querella al concepto elástico de su catolicismo, sino que hacemos visible la discordia de su energética admirable con su religiosidad estrecha. ¿Cómo logrará Montherlant conciliar ambos extremos, ya que el culto del cuerpo que preconiza es de tradición pagana y helénica, mientras que el cristianismo romano, con su exaltación del espíritu por encima de la materia, del cuerpo, llegó casi a la aniquilación de éste, fomentando además, por su inclinación a la piedad, las larvas del sentimentalismo compasivo, casi del pesimismo...?

Recorriendo la serie de sus contradicciones entre su fe y sus impulsos, observamos en Montherlant cómo no hay en él la menor concesión —aunque fuese de orden lírico— al sentimentalismo, a la piedad. Abomina ambas transgresiones del espíritu íntegro. Relega a segundo plano las blanduras y sentimentalismos, como se deduce de sus por lo demás admirables narraciones *Mademoiselle de Plemeur* e *Histoire de la Petite* 19. Sus héroes, Alban el de "Le Songe", o Peyrony, el sujeto experimental de las "Olympiques", no conceden al amor más que los residuos de sí mismos. Todas estas características energéticas, que se acuerdan perfectamente con un ideal deportivo, no encajan, en modo alguno, dentro de los postulados cristianos. Todo el robusto lirismo de Montherlant, toda su habilidad dialéctica y su firme prosa —más influida por D'Annunzio y Nietzsche que por Barrés y Maurras—, no bastan a ocultar esa fundamental discordancia ideológica.

5

Quizá pretendiendo conciliar los dualismos y contradicciones de sus teorías, Montherlant ha venido a condensar —algo arbitrariamente— en el Tiber y en el Oronte "las dos filosofías que se disputan el mundo". A la que ha nacido en el Oriente, y que tiende a desdeñar el cuerpo, le llama "femenina", adjuntándole los conceptos de alejandrismo, mesianismo, cristianismo y bizantinismo. La otra, simbolizada en el signo fluvial del romano Tiber, está, según él, "fundada sobre la naturaleza y la razón: espíritu y cuerpo; y ha logrado su más completa expresión en la Roma antigua, inspirando el catolicismo romano, el Renacimiento, los conceptos de autoridad y de tradición, el clasicismo", etc. Montherlant, pues, inclinándose a este segundo orden, entra llenamente en esa nueva categoría de romanos adoptivos, "hombres de toga y no de pelliza, y a mucha honra", como diría Eugenio d'Ors. Su catolicismo podrá ser el del Tiber, esto es, aquel que defiende el orden, las reglas estrictas, la coordinación, el "imperium", frente a los conceptos derivados del Oronte, como son las ideas de libertad y progreso, el romanticismo y el humanitarismo —y a las que adjudica falsamente un carácter orientalista, ya que son hijos de la civilización de Occidente—; mas no por eso su catolicismo —repetimos— nos parecerá menos extraño y discutible.

Si su decantada voluntad de potencia, si su moral energética se acuerda perfectamente con la moral del "sport", nada más lejos que el cristianismo del puro concepto del "sport" y de la consecuente exaltación del cuerpo. Pues —ya lo señalaba Nietzsche lúcidamente— el cristianismo "es el desprecio del cuerpo y aun el rechazo de la higiene a título de sensual". Y, por otra parte, nada más lejos asimismo del optimismo vital, de la fuerza deportiva, del culto del yo que el espíritu primitivamente cristiano: aquel espíritu cuyas nociones pri-

migenias se basan en la inquietud, la angustia, los estados de espíritus mórbidos, el misticismo y la renuncia a la personalidad, en un máximo gesto de inmolación deísta, de abdicación ante el Todopoderoso. En suma, vemos, pues —sin llevar más lejos la cuestión, dada nuestra indigencia teológica—, que así como las teorías de Montherlant, en su pura significación deportiva, son admirables y estimulantes, analizadas desde el punto de vista religioso, con arreglo al dogma católico, ofrecen mil puntos vulnerables y están expuestas a sucumbir ante un fuerte empuje polémico-escolástico.

(Continuará.)

SILUETAS DE CASTILLA

FRANCISCO DE COSSIO

Por Teófilo Ortega

I

He visto, presentado en los escaparates de las librerías, un nuevo libro de mi compañero estimado el ejemplar periodista don Francisco de Cossío. Se titula el tomo *El Caballero de Castilnovo*. Como su pluma experta y sagaz garantiza un sano disfrute, he llegado al libro, o ha llegado el libro a mí, produciéndose una dominante curiosidad. La pluma de Francisco de Cossío —siempre nueva y limpia— nos reserva los frutos de que más necesitado anda actualmente nuestro espíritu. Por eso tiene de tal forma ganada la simpatía, que leer en el final o al principio de un libro o breve trabajo periodístico su firma, es causa de que inmediatamente se detenga nuestra mirada desde la primera a la última letra. Escribamos (el caso lo requiere, y nosotros gustosamente se lo concedemos) unas cuantas observaciones sobre éste espíritu impiar.

II

Antes de ofrecer —breves y superficiales— unas líneas sobre *El Caballero de Castilnovo*, dibujemos la castellanísima silueta de don Francisco de Cossío. Comenzaremos por asegurar sinceramente que es un hombre de la España Nueva —aunque mejor sería decir, evitando toda equivocación lamentable, que es un hombre de la España que vendrá—. (No de la España de Ayer, ni de la España de Hoy). Diariamente, en las páginas de *El Norte de Castilla*, dispara sus agudas reflexiones sobre temas diversos, desde un balcón discreto. (Los "Ensayos" levantan unas veces protestas y otras aplausos, y las más, unas y otros mezclados en humana algarabía.) Su prosa es fácil y su elección de temas admirable. Una noble y juvenil rebeldía campea por todos sus escritos, y de este conjunto armonioso de favorables circunstancias, brota la obra de todos los días: obra tersa y subyugante.

III

Este número ha sido censurado

Condiciones de venta y suscripción para
España y América

Suscripción anual. . . . 14,00 ptas.
» semestral . . . 7,00 »
» trimestral . . . 3,50 »

Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año,
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista **EL ESTUDIANTE**
ZORRILLA, 4 MADRID

Suscríbame por un a la Revista **EL ESTU-**
DIANTE. Por giro postal envíe a usted la cantidad de
importe de dicha suscripción (1).

En a de de 192
(Firma)

Mi dirección:
(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.

IV

De su pluma fecunda —repetimos— han salido algunos libros (*La Casa de los Linajes*, *Las Experiencias del Doctor Hanson*) y muchos artículos ejemplares. Su postrera producción, *El Caballero de Castilnovo* (que continúa en otro tomo en prensa, titulado *La Segunda Vida*), divierte y hace olvidar hondas y lacerantes preocupaciones. Amenísima novela de aventuras, todo lo que en ella se desee hallar, se encuentra. Las hazañas de don Francisco Martín, escritas por Cossío, cuando sus ojos, en plena inexperiencia juvenil, perseguía en el firmamento del ensueño, múltiples e inasequibles ilusiones —aunque otras que no esperaba le halagan con sus caricias—, son una bonita excursión por el campo del pasado, y, dentro de él, por el del misterio. Sin recurrir a procedimientos que conducen a un éxito de gran público, fácil pero desdenable, ha construido un argumento interesante, sugestivo y conmovedor. He aquí por qué recomendarle a todo curioso lector no es una tarea que traicione esa nuestra firme sinceridad.

V

Condensemos lo expuesto enviando al autor de *El Caballero de Castilnovo* un aplauso desde estas columnas. Y expresemos nuestro deseo de que su conducta —recta y veloz como flecha por un buen arquero lanzada— sea imitada por los que como él no actúan.

CUATRO CAMINOS

Por Francisco Vighi

(A Cipri Rivas Cherif.)

Hacia el lejano monte amatista,
va rengloneando el canalillo.
Tarde en desmayo —rojo, amarillo—,
apoteosis de gran revista.

Este número ha sido censurado

... Tararí... Tararí...
(mi-sol-si; mi-sol-si).

Gran circulación.
17—F, 17—H.

Urbanización:
¿Adoquín o bache?

Brisca, vino, mus.
El Sol toma un coche,
ya llegó la noche,
en el autobús.

LOS MEJORES ARTÍCULOS PARA DIBUJO
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.



EDITORIAL CARO RAGGIO

Mendizábal, 34

:::

MADRID

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

	Pesetas.
Pío Baroja: El gran torbellino del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

BIOL

¿Qué es el BIOL?—Un poderoso tónico fosfatado, de esmerada preparación, que se ofrece al público bajo la forma farmacéutica de granulado.
¿Para qué es?—Para proporcionar a los débiles, a los convalecientes, a los sobrecargados de trabajo intelectual o físico, a los jóvenes en el período de su desarrollo, los elementos reparadores necesarios en forma agradable y en condiciones de perfecta asimilación.

Preparado por el LABORATORIO LAZA, de MÁLAGA

4 Pesetas caja en las principales farmacias de España y

en Madrid: FARMACIA GAYOSO, Arenal, 2.

HIJOS DE QUIRICO LOPEZ

VINOS :: ANISADOS :: LICORES

MÁLAGA

Aperitivo tónico, Vino TITAN :: Anisado, Cazalla KIRIKO

Anís, Ojén JOAQUIN BUENO :: Moscatel, ROKERO

HISTORIA ANTIGUA HISTORIA MEDIOEVAL

(UNIVERSAL Y DE ESPAÑA)

POR

D. JOSÉ SALAZAR Y CHAPELA

(Los pedidos a Rambla San Carlos, 45. — Tarragona)